

los hombres, le confieso, hermano Crispin, que me conformo con su opinion, que es tan poderosa la fuerza de la hermosura, que á mí, con ser mujer, me lleva y deja suspensa cuando tengo algun bello objeto delante de mis ojos; y así no me admira que los hombres hagan extremos estando enamorados, pues á mas les obliga la fuerza de la belleza que aman; ni aún me espanto de que comprenda aun hasta los que están retirados del mundo, pues no se han purificado de los humanos afectos. Yo estimo en mas el hospedaje que me haceis, pues es con tanta pension de vuestra quietud; quisiera que en mí misma no estuviera la causa; mas lo que podré hacer, será dejaros descansar y aliviaros del enfadoso hospedaje mio, si os tiene de costa lo que me significais pernicioso, que os pago, si no en la misma moneda, á lo menos con lastimarme que dejádes tan presto el trato de las cosas del mundo por vivir en esta soledad, que aunque es por mejora de vuestro espíritu, todavía hallo en vos partes para que todos las estimaran algun tiempo, teniéndole despues para poner en ejecucion lo que habeis hecho. A medida de su deseo habló Rufina al hermano Crispin, y él, contento con lo que la oía, se atrevió á decirle que su hermosura era tan poderosa con él, que desde que entró en su albergue no podía sosegar, amándola tiernamente. Rufina no se esquivó de lo que le oía, disculpándole los afectos de hombre; no le desesperó de favor, porque la convenia; y así le dejó contentísimo. Fingióse Rufina indispuesta dos dias sin levantarse de la cama, donde fué regalada de su huésped con grandísima puntualidad, que de noche le traian conocidos suyos, de los cofrades de Caço, cuanto podian desear. A mucho se atrevia Rufina, que fué á quedarse á solas con un hombre en una soledad; mas hizo este atrevimiento conociendo en él mucha voluntad y amor; y este, cuando es perfecto, siempre peca en cobarde, pues no hay ninguno que amando perfectamente se atreva á ofender con osadías á quien ama; así lo hacia Crispin; lo que estaba en su favor fué el prometerle Rufina que sabido de su hermano que no estaba en Málaga, le oiria con mas gusto, pero que la pena de no hallarse aun allí segura la tenia desazonada para no atender á los muchos méritos que en él iba conociendo cada dia. Con esto pudo tener á Crispin á raya, con esperanzas de verla mas propicia en su favor; y así la prometió hacer las diligencias posibles con amigos suyos, para saber si su hermano estaba en Málaga.

CAPITULO XII.

Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de *El conde de las Legumbres*.

Aquella noche los tres camaradas de la garra, amigos íntimos de Crispin, llegaron á su ermita con un grandioso hurto, que era el que no habia tenido efecto la noche que se acogieron al reparo del bosque, de quienes Garay oyó su plática; lo que traian eran dos bolsas con lindos doblones, en que habia mas de mil y quinientos escudos. A estos habia Crispin de franquear

la entrada en una casa, donde le daban limosna en la ciudad, y aquella noche no tuvo efecto su pretension por el agua, que le fué estorbo al ermitaño Crispin para ir á la ciudad; ahora se facilitó mas con un muchacho que dejaron dentro para que á media noche les abriese las puertas.

Estos tres garfios humanos se hallaron en la ermita, de quienes Crispin ocultó la huésped que tenia, y admitióles á estos en su albergue, sin reparar en el recato de su estado, por la gran confianza que ya tenia de Rufina, de quien fiaba que le ayudaria en todo. Dióles de cenar á los tres, y sobre cena se trataron varias cosas; habia entre los tres uno que, habiendo dejado sus estudios, se dió á esta pícaro y peligrosa vida, no mirando á su sangre y partes, que las tenia buenas. Este siempre era el fomento de las conversaciones y el entretenimiento de sus amigos; y así, le pidió Crispin que para divertir algo de la noche y no acostarse acabando de cenar, les contase alguna historia ó novela, pues tantas habia leído. Esto hizo por entretener á Rufina, que toda su plática estaba oyendo desde su aposento, que era otro mas dentro de donde los tres estaban, no poco alegre de acabar de haber visto que Crispin era el encubridor de aquella gente tan honrada. Rogado pues, el compañero quiso darles gusto, y así dijo de esta manera.

NOVELA SEGUNDA.

El conde de las Legumbres.

Don Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Bierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio y con una hermana, llamada doña Costanza en su patria; mas por faltarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fué fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flándes, donde por sus heróicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alférez, que fué el primer puesto que tuvo, subió al de capitán, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su majestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesion de la primera encomienda que de aquel militar orden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año; esto y saber que su hermano mayor era muerto le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que habia dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia; los unos para su amparo, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca á tiempo que su hermana faltaba de allí quince dias habia, porque una tia suya, hermana de su padre, viuda, se la habia llevado consigo á Valladolid, donde entonces estaba la corte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, des-

pues de sus dias, para que con ella se casase. Trató, luego que llegó don Pedro á su patria, de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenia puestas en razon y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previendo estaba su partida, cuando un dia que se halló en la plaza de Villafranca vió que por ella cruzaban, enderezando á un meson que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas; en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á esta seguia una dama, cuya hermosura y gentil alio dejó á cuantos la vieron aficionados, y mucho mas á don Pedro, porque fué tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito, fué siguiendo la litera con una suspension tan grande, que no miró la nota que de ello podia dar á los que con él estaban; vióla apear á la puerta del meson, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fué de su bizarro talle y curioso preudido; finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quién era la que tan prestamente habia triunfado de su albedrío y cautivado su libertad; presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del meson á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero y dónde iba; el criado, que no era menos apacible, le dijo estas razones:

Señor mio, el caballero por quien me preguntais, que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de Alemania; su venida á España fué á ser embajador ordinario en la corte de vuestro Rey, por la cesárea majestad del Emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras, y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agradado de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la corte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la majestad católica, y amado de todo lo noble de su corte, porque su generosidad y agradable condicion saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratado este casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el Marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hizo mas esfuerzo en esto, deseando el Emperador que tenga efecto: nuestra venida fué con tan mal temporal, que padeciamos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veiamos á pique de ser anegados. Entonces el Marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesion del glorioso patron de las Españas, de quien es muy devoto, visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Llegamos á Valladolid, y apenas

el Marqués descansó quince dias, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despacho de la dispensacion que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relacion que le habia hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fué ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego. Aquella noche quiso de embozo ver cenar al Marqués y á su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfaccion dió buen cebo á sus ojos, que fué echar mas leña al fuego. Esotro dia partió el Marqués de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche antes habia discurrido sobre su penosa inquietud, y convino para un nuevo capricho que le ocurrió que no fuese en ninguna manera visto de dia del Marqués, de Margarita ni de ningun criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso, y así el Marqués caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no seria en aquellos veinte dias, haciéndose el cuenta del descansar en Compostela algunos, para tomarse á poner en camino con mas aliento; dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos, se vino á Ponferrada, villa mas hácia la corte, cuatro leguas de la que habia dejado allí; se hospedó en un meson, de donde no salia de dia; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y á quien dió parte de sus intentos. Tenia don Pedro un criado que le habia servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entonces, en quien don Pedro habia conocido mucha fidelidad y amor; á este nunca se reservó secreto alguno ni aficion que tuviese; de suerte que para con él no habia cosa oculta, salvo esta aficion, de que no le habia dado parte. Conocia Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenia desvelo, pues lo mas de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto; veía por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche ó por el dia no dejara de acudir á su martelo; porque un corazon afligido brevemente descubre su pasion con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa

de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ausias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos.

Un día, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte: Nunca imaginara, señor y dueño mio, que en tí pudiera haber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas; véote desvelado las noches, retirado los días, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tiene puesto en notable cuidado; tú saliste de tu patria publicando que ibas á la corte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me trae confuso ver esto é ignorar á qué fin se hace; no ignoro que á los criados solo les es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos mas de lo que les digan; yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte: ¿qué designio te ha traído aquí? ¿Por qué causa vives con desvelos? Y ¿qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las mas, divierte las penas? ¿Merece mas este huésped, conocido de cuatro días, que un criado que te ha servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querrela Feliciano, y su amo principio á su satisfacción de esta suerte:

Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas; yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en prision mi albedrío; y así, resistirme á lo que los hados disponen será yerro; déjome llevar de mi afición, con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los días, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo vi aquella beldad, aquel serafin humano, aquel portentoso de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarlas; conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulada con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran; ya amé, ya quise, ya pa-

decezo; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero pobre como yo, cuando la espera otro esposo galan, rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mio? Mi sangre no es inferior á la suya, pues la casa de Astorga y la de Villafranca honran mi origen noble; en esto no podían reparar, si mi suerte fuera tal que con mas conocimiento me hubiera visto en la corte; á ella vuelve de su romería, y solo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensación; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que mas en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleve consigo á la corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinión; mas si me en que en la corte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos é introducido en la casa del Marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay tambien en mi favor saber de quien me hizo informacion de esta danta que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraído con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introducción, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mio. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podia introducirse con su dama, y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fué vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milan verde, de terciopelo; con este hábito se mudó á otra posada, que era de un hermano del huésped, persona de quien tambien fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que habia traído de Flándes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego, en que era muy dichoso.

Volvió pues nuestro Marqués con su hermosa hija de su romería, y antes de llegar á Ponferrada, los palos de la litera en que venia se rompieron; de modo que al anciano le fué fuerza ponerse á caballo y llegar así á la villa, adonde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no habia en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos días; pena para los caminantes ver esa detencion.

Posó el Marqués en el meson donde habia estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fué la causa por que él le habia dejado y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que lo

habia de decir al Marqués para la introducción de su persona, vino la ocasion como la podia desear; por que como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares de él, el Marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada habia, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabia la lengua de ella como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que habia en ella, el trato desus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones.

Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocantes á esta antigua villa, que causan admiración, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince días, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A que respondió que él habia salido del río Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que á todos hace reír; no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de dónde le socorren; tiene solo un criado, que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al Marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí; y así salió de su casa á la de su hermano para hacer que viniese, advirtiendo primero al Embajador que le habia de tratar con muchos honores, si queria gozar de él gustoso; porque cuando no hallaba este agasajo, se desesperaba; prometiéndose así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le habia dicho al Embajador; extrañóle el traje, y asimismo á la hermosa Margarita; acompañaba á don Pedro Feliciano, su criado; salió el Marqués á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole: Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros de ella. No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió. Yo seré uno mas de los de ese voto, replicó el Marqués, que un diamante finísimo á todos parece bien; y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aun mas suspensión de ver su grande hermosura de la verda-

dera que tenia, dijo: Cesen ya las alabanzas de mi perfección, señor Marqués, que es tiranizárselas á esta dama; decidme si es hija vuestra, para que participeis de las alabanzas que la diere, por genitudo de una beldad, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, iman de las voluntades y poderosa flecha de Cupido; juro á fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad, me tiene el alma tan rendida, que ya no soy mio, ni mi libertad prenda propia de mi alma. Tantas son vuestras ponderaciones, señor Conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á fisonjías, é introducirnos conmigo por ellas viene á ser descrédito vuestro, pues no aconsejaria á galan ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad. La mia es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí. Siéntese vuestra señoría, dijo el Marqués, que le queremos muy despacio. Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habeis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él. Ahora bien, dijo el Marqués, comiéncese vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben. No lo podeis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de servirlos se entablen con fundamento de saber mi origen, dadme atención.

CAPITULO XIII.

Prosigue el ladron la novela de *El conde de las Legumbres*.

El reino de Galicia fué gobernado antiguamente por condes, y despues por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesión á la infanta Teodomira, quien reinando despues, fué llamada la reina Loba; esta se enamoró de Recaredo el galan, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la corte; era deudo del Rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la Infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa union fué yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasion que el Rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le habia sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama, ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas se llegó el parto, en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fué en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la